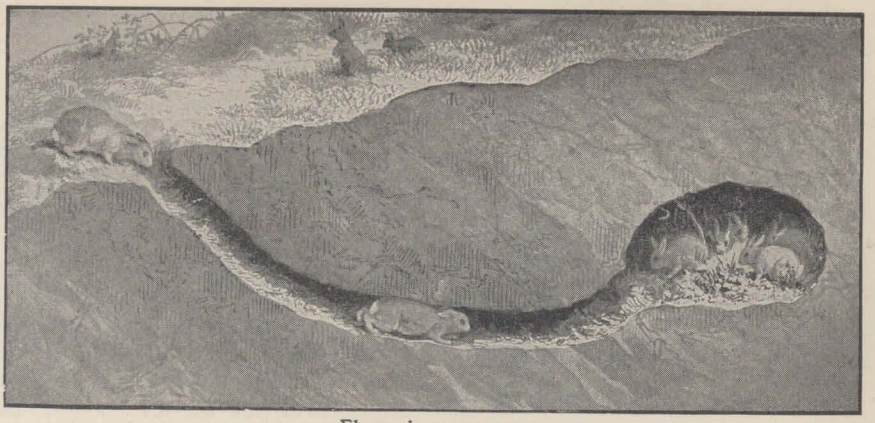
CIUDAD CONSTRUIDA Y HABITADA POR LAS ARANATAS O MARMOTAS DE LAS PRADERAS

Se da también a la aranata el nombre de « perro de las praderas », porque su grito es parecido a un ladrido. Viven estos animales en colonias numerosas, y son grandes zapadores. Sus guaridas están tan cerca unas de otras, que hacen inseguro el terreno para los caballos. Junto a los orificios de entrada amontonan la tierra extraída, y el conjunto de estos montones imita en cierto modo los edificios de una ciudad.

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS



El conejo en su casa.

HABITACIONES QUE NO HAN SIDO EDIFICADAS CON LAS MANOS

EXTRAÑAS GUARIDAS DE LOS ANIMALES

SUPONGAMOS que todos los seres de la Naturaleza hubiesen recibido el don de la palabra; ¿cuál sería su canción favorita? Cualquiera que fuese, no es difícil imaginar que, en una u otra forma, haría referencia a uno de los temas preferidos por toda persona de sentimiento: el hogar. Para muchas especies de animales el hogar es cosa muy querida, y saben protegerlo y defenderlo aun a costa de los mayores trabajos y sacrificios.

Todos conocemos el apego que tienen a sus moradas los animales domesticados. El caballo, el perro, el gato, cantarían sus alabanzas con el mayor entusiasmo. Un caballo jamás olvida el lugar en donde algún día vivió. Cierta jaca, muy inteligente, al pasar por una ciudad en la que había vivido ocho años antes, se lanzó saltando hacia el establo de la casa en que habitó su dueño.

Un perro recorrerá centenares de kilómetros para volver al lugar donde ha sido tratado con cariño. El gato se encariña tanto con la casa, que a veces permanece solo en ella, después de haberse mudado la familia. Y no deben olvidarse los largos vuelos de la paloma mensajera, para regresar a su palomar.

Es cosa sabida que todos los animales que ocupan un sitio en nuestras viviendas, les muestran tanto apego como a las moradas que ellos mismos puedan construir. Y si es verdad que toda mujer ordenada y casera se siente orgullosa en su hogar y le gusta tenerlo limpio y cómodo, no es menos cierto que todos los animales, domésticos o silvestres, sienten gran afección a sus residencias, en las cuales, a su modo, cuidan y miman a sus crías.

Considerando que los monos ocupan el lugar más elevado en la escala de los irracionales, podría esperarse que mostraran gran afición a construir y embellecer sus viviendas. Pero no es así. Los grandes simios se contentan con los árboles de los bosques en que habitan; y ninguno de los monos de pequeña talla parece envidiar a los otros animales sus guaridas propias. Sin embargo, no debe extrañarnos esto, pues no ignoramos que el hombre mismo, antes de ser civilizado, se daba por satisfecho con las viviendas más rústicas. Una cueva le bastaba, hasta el momento en que los lobos y las hienas venían a disputarse sus huesos. A pesar de la superioridad de su inteligencia sobre la de los animales, la vivienda del hombre primitivo no era, ni con mucho, tan cómoda

como la del topo o la del castor. No acusemos, pues, con ligereza a los

Interior de la habitación del topo.

monos, grandes o pequeños, porque sean negligentes en este punto.

Los arquitectos más admirables de la Naturaleza debemos buscarlos entre las aves, los pequeños cuadrúpedos y los insectos. Estos son los obreros que realmente humillan al hombre. Gracias a su maravilloso cerebro, el hombre ha inventado herramientas que utiliza en todas sus construcciones; los animales, en cambio, edifican sus prodigiosas habitaciones sin instrumento ninguno. No necesitamos salir de nuestro jardín para ver trabajar a las hormigas, y en ciertas regiones apenas hay pradera en la que los topos no excaven sus curiosos domicilios, acerca de los cuales se ha fantaseado algo.

Hace muchos años, un escritor francés describió la vivienda del topo diciendo que era una complicada red de galerías y pasadizos convergentes en un soberbio salón central; y mostró dibujos que parecían planeados por un arquitecto; pero, recientemente, Mr. Lionel Adams, después de dedicar largo tiempo al estudio de estas fortalezas, según se las llamaba, no halló nada parecido a los anteriores dibujos. En casi todos los casos la guarida está excavada en el centro de un campo, aunque a veces el topo utiliza algún tocón hueco. En campo raso, algunos centímetros debajo de la superficie, ahueca el topo un espacio de las dimensiones de una hogaza grande, amontonando en el exterior la tierra extraída, cuya altura total llega a tener a veces sesenta centímetros. La entrada en esta cavidad es por encima, a través de un túnel que se eleva hasta el nivel del suelo; su superficie está cubierta de hierba, de hojas, o de una mezcla primorosamente tejida de unas y otras, sobre la cual descansa el topo, aunque sólo durante algunas horas, pues su extremado apetito le obliga a dejar su albergue con frecuencia. Por debajo hay una galería de escape, que en caso de peligro imprevisto le permite abandonar la madriguera, y sale al exterior por una de las galerías principales. Estos animales hacen vida solitaria, excepto las hembras cuando tienen crías; la guarida que entonces habitan es más pequeña y carece de galería de escape, lo que parece indicar que ni aun en caso de peligro se decide la hembra a abandonar a sus hijos, que por lo común son tres o cuatro, como se ve en uno de estos grabados.

El musgaño, débil y pequeño como es, tiene cualidades de gran zapador, aunque no se le puede comparar con el topo. La vivienda del musgaño es una sencilla cavidad practicada en el extremo de un túnel recto y largo, que corre a poca profundidad bajo de la superficie del suelo. Un congénere cual

Topos jóvenes en su madriguera.

quiera lo alcanzará fácilmente; pero ¡ay del intruso!: la hazaña degenerará inevitablemente en duelo a muerte, desfa-

vorable para el invasor, si no es mucho más poderoso que su adversario. Existen lazos de unión entre los musgaños y los topos, y encontramos muchos caracteres comunes a varias especies de estos animales.

Hay en la India un musgaño zapador, cuyas costumbres le dan gran semejanza con el topo común de Europa.

El desmán, abundante en los bosques de Rusia, tiene hábitos parecidos a los que distinguen a los musgaños acuáticos. Pero en tanto que éstos se contentan con un sencillo agujero, practicado junto a la orilla del agua, el desmán construye un palacio al extremo de la galería que le lleva hasta la corriente. Pasa la mayor parte de su vida en el agua, y cuando se retira a su habitación para echar una siesta, tiene la piel tan seca como el ánade su plumaje. Estos animales nadadores nunca presentan la piel mojada; sus pelos mantienen a su alrededor una capa de aire, que, en realidad, les envuelve todo el cuerpo mientras están sumergidos.

Pero, en el reino animal, el rey de los artífices que reparten su vida entre el agua y la tierra es el castor. Le gusta el agua para nadar, y necesita poseer una vivienda abrigada y seca para pasar la noche. Si la corriente en que ha establecido su residencia no es bastante caudalosa durante la época de sequía, se lanza a un trabajo infatigable: roe los troncos de los árboles hasta derribar los que necesita; los divide en maderos, que fija en el cauce de la corriente; añade luego follaje,

Zorras jóvenes asomadas a la entrada de su guarida.

Nido de musgaños.

piedras y barro, y levanta con todo ello una pared o presa, que recoge el agua, formando un depósito en el que podrá bañarse y nadar, aunque baje considerablemente el nivel general. Conseguido este resultado, el castor se ocupa ya en la fabricación de su vivienda. Es ésta una obra maestra de habilidad. La construye de barro mezclado con ramas, y tan bien consolidada que, cuando llegan las heladas invernales, es tan dura como el hierro.

La habitación tiene casi dos metros de diámetro, en sentido horizontal, y un metro de altura. El interior es cómodo y abrigado; los lechos están dispuestos alrededor; y allí habitan juntos el macho, la hembra y las crías, hasta el momento en que éstas se encuentran con fuerzas para salir y construirse casas propias. Este palacio tiene dos galerías que lo ponen en comunicación con la corriente. Una de ellas, que corre a considerable altura, tiene, sin embargo, su salida bajo el nivel del agua; la otra está más baja, a fin de que, cuando se hiele la superficie, le sea posible al castor dirigirse en busca de los depósitos donde tiene almacenadas las cortezas que deben alimentarle durante el invierno.

Parece increíble la perfección con que el castor ejecuta sus trabajos, y la admirable disposición de las distintas

partes de su obra. No obstante, no agotemos aquí nuestra admiración, y reservemos parte de ella para otra criatura, el topo de pies palmeados, que, a pesar de esa forma de sus patas, no es nadador, sino terrestre durante toda su vida y, sobre todo, minero. Lo más admirable en este animal es la rapidez con que trabaja. Un observador fidedigno ha declarado que en una sola noche había visto construir a uno de estos activos operarios, en un terreno reblandecido por la lluvia, una galería de unos cien metros de longitud.

¿Qué significa este trabajo, en relación con las dimensiones del animal? Significa lo siguiente: que si, guardando la debida proporción, ejecuta un hombre una labor análoga, el túnel que abra en una noche deberá tener, además de la anchura requerida para dar paso a su cuerpo, una longitud de cerca de sesenta kilómetros. Convengamos en que la comparación es poco halagüeña para el hombre.

Teniendo en cuenta lo dicho acerca del castor, acaso se espere igual habilidad en la nutria, ligero animal, también dominador de las aguas; pero, en esto de la construcción de su hogar, la nutria se parece al hombre primitivo, pues le bastan los refugios que ya encuentra hechos en la orilla del río, o cerca de ella. La nutria los excava y modela a su gusto; pero no se sabe que nunca se haya tomado este trabajo en donde no existiese algún retiro natural.

Las comadrejas están particularmente constituídas para abrirse camino por las más estrechas y complicadas galerías subterráneas; pero no se molestan en construirse habitaciones de este género: prefieren buscar un refugio sobre el suelo. Podrían darse por satisfechas, si compartiesen la gloria de su hermano mayor, el tejón. Éste es un minero de singular destreza, que sabe excavar largos y tortuosos pasadizos, los cuales conducen a un gran salón subterráneo, al cuarto de sus crías, y a otras muchas dependencias, dispuestas con el mayor acierto en cuanto a su comodidad y ventilación. Dispone, además, de siete u ocho galerías, orientadas en varios sentidos, y que desembocan a treinta metros de distancia unas de otras. Cada una de ellas es un paso libre al exterior, en caso de peligro, y es también un excelente conducto para renovar el aire.

Los cazadores de zorras no suelen ir a buscarlas a la guarida del tejón, y, no obstante, muchas veces allí es donde las encontrarían. El hecho no obedece a que la zorra sea tan torpe que no pueda fabricarse su hogar, sino a que frecuentemente juzga oportuno establecerse en el del tejón, después de alejar a éste con su astucia proverbial. Introdúcese, pues, en la mansión de este animal industrioso, el cual, no teniendo nada que temer, gracias a su propia fuerza, no se opone a la invasión. Pero sucede que el tejón, a la larga, no puede soportar la vecindad de la zorra, a causa de las profundas diferencias que los separan, ya que siendo el primero sumamente aseado, le repugna una criatura desidiosa y abandonada, o que, por lo menos, se conduce con muy poca limpieza mientras está en compañía de su hospedador. Así, pues, el tejón se resigna a marchar a otra parte, para excavarse una nueva vivienda.

Pero el tejón no es el único que tales vejaciones sufre por causa de la zorra; algo semejante, aunque mucho peor, le sucede al manso conejo. El conejo de campo es también un gran zapador. Empieza haciendo un hoyo, que cava en sentido inclinado, hasta haber alcanzado cierta profundidad; luego dirige hacia arriba esta galería oblicua, y un poco más lejos la agranda, formando la habitación que ocupará con su hembra y sus pequeñuelos. A veces la zorra, persiguiendo al conejo, se abre camino a través de la galería, devora a las crías, y luego, hallando agradable la vivienda, se queda en ella.

No se crea, sin embargo, que sea el descrito el único modelo arquitectónico conocido o seguido por el conejo. Entre una carretera y la orilla de un río, en un terreno minado por muchos centenares de conejos campestres, pudo observarse una vez como, para no ser

perseguidos por sus enemigos, habían abierto un largo túnel suplementario, puesto en comunicación directa con cada una de las madrigueras. A la menor alarma, los prudentes animales se precipitaban por este túnel, y siguiendo las galerías, que sólo ellos conocían, se refugiaban en sus respectivos hogares.

Lo dicho hasta aquí acerca de la zorra se refiere a la raposa europea. Existe en América una zorra gris, que hace sus viviendas, bien abrigadas, en los agujeros de los árboles viejos. La zorra ártica es más industriosa, como conviene a un animal que tiene que luchar con el temible invierno polar. Para combatir el frío, se agrupan en colonias de treinta o cuarenta individuos, y abren profundas madrigueras muy próximas entre sí, pero independientes. Todas comunican con un túnel general, pero cada zorra utiliza sólo su habitación, sin penetrar jamás en la de sus vecinas. Y acurrucadas allí, desafían las más bajas temperaturas.

Hay cuadrúpedos de poca talla, cuyo trabajo es tan duro como el de la zorra ártica. La marmota, animal alpino, se fabrica dos hogares cada año: uno en la montaña, su residencia de verano, que le sirve de abrigo por la noche y cuando hace mal tiempo, y otro en los valles inferiores, su domicilio de invierno. Con las primeras nevadas, se ve descender a la llanura manadas de marmotas, que llevan consigo a sus crías. Llegadas al sitio donde se proponen invernar, se reunen en grupos de quince a veinte, y abren en la tierra un largo túnel, en cuyo extremo cavan un ancho espacio en forma de sala circular, que llenan de hierba; obstruyen luego la entrada para no ser molestadas, y se entregan allí al sueño invernal. Otras especies de marmotas se contentan con una sola residencia para invierno y verano; pero su habilidad para construirla no es menor.

Las mayores colonias son las que forma la aranata, llamada también marmota y perro de las praderas. Sus hogares ocupan a veces hasta ochenta hectáreas de terreno. Perforan excelentes cámaras y túneles, a cuya entrada depositan, en forma de montículo, la tierra excavada. Alrededor de cada uno de estos montículos suele verse una docena de entradas a otras tantas madrigueras, y encima de ellos hay siempre un centinela que vela por la seguridad general y profiere un expresivo « ¡tuit, tuit! », a modo de voz de alarma, tan pronto como descubre a un enemigo; al oirlo, la colonia entera se sepulta inmediatamente en el interior de los túneles.

La ardilla es también un magnífico arquitecto. No cava la tierra, sino que construye una especie de nido (que podría dar envidia a muchas aves), ya en los agujeros de algún viejo tronco, ya en alguna bifurcación de las ramas; pero siempre a prudente altura, para mayor seguridad. Hace una sólida plataforma, a la cual añade paredes laterales y techo en forma de cúpula; todo compuesto de ramitas tan bien entrelazadas y sujetas, que ni la lluvia ni el viento, que tanto teme, pueden penetrar dentro. Luego forra el interior con el musgo más fino, y de este modo logra poseer un refugio tan cómodo y abrigado como pueda imaginarse. La casa se ventila por una abertura o puerta que le sirve de entrada, y tiene otra abertura en el lado opuesto, para poder escapar su dueño si fuera menester. Se resguarda de la lluvia y del viento cerrando con musgo estas aberturas.

El equidna y el ornitorrinco son dos excelentes y curiosos zapadores. Estos animales, a pesar de ser mamíferos cuadrúpedos, ponen huevos. Pertenecen a la extraña fauna australiana, tan distinta de la del resto del mundo. El equidna, gran comedor de hormigas, construye su vivienda excavando el suelo con mucha facilidad, gracias a la fuerza considerable de que están dotadas sus largas y afiladas garras. El ornitorrinco pasa gran parte de su vida en el agua, aunque fabrica su casa en la tierra. La experiencia le ha enseñado a ser muy cauto, y por eso elige para su morada lugares próximos a tranquilas

corrientes que van a desaguar en lagunas pobladas de cañaverales y no frecuentadas por el hombre, y en las que puede encontrar sus alimentos vegetales, así como también gusanos, pequeños crustáceos, etc.

A fin de poder llegar al agua sin contratiempo, el ornitorrinco dispone de un túnel que comunica su vivienda con el fondo de las lagunas. Este túnel se extiende bajo el suelo por espacio de unos quince metros, y conduce a una amplia y bien proporcionada cámara, tapizada de hierba, y muy cómoda y segura. Además, para que no falte en ella el aire respirable, el ingenioso animal abre una vía de ventilación que, partiendo del departamento que hace las veces de dormitorio, desemboca en medio de un macizo de maleza, y aparte del indígena australiano, ningún hombre acertaría a descubrir la entrada de este segundo túnel. Sírvele asimismo éste de salida cuando es atacado por el primero, pero, a ser posible, el ornitorrinco prefiere huir por el agua, ya que sus pies palmeados no le permiten correr con facilidad por tierra.

El ornitorrinco en su morada subterránea.

Cuanto queda dicho es sólo una breve ojeada a algunos de los más hábiles arquitectos del mundo animal. En otros capítulos de esta obra se trata de otros muchos de esos curiosos seres. Pero basta lo que hemos expuesto aquí, para comprender que, a su modo, esos hábiles constructores pueden, en muchos sentidos, competir con el hombre más diestro.